PIRULO

Nací en aquel Retiro de los guardas jurado que, armados con un mosquetón, tenían como principal cometido no dejarnos a los niños pisar el césped. El Retiro de Pirulo, un hombre gris con un gran corazón. Pirulo tenía un puesto en la entrada de la calle de Menorca y en el que, por veinte céntimos de peseta, nos dejaba a los niños leer cuentos y completar nuestros álbumes de cromos. Todos los niños del barrio nos aficionamos a la lectura gracias a Pirulo. Era poco veinte céntimos, pero ¡cuidado con no pagárselo! Porque Pirulo, esos veinte céntimos se los daba a los pobres. Y yo me he pasado la vida preguntándome donde encontraba Pirulo un pobre más pobre que él. ¡Pues lo encontraba!

En aquel Retiro tuvo lugar esta historia. Mi primera historia de amor. Ella se llamaba Paloma. Era una niña rubia, de ojos claros, con una trenza que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Todos los domingos, Paloma y yo, nos encontrábamos en la misa de mi colegio, después cruzábamos al Retiro a ver las marionetas y no volvíamos nunca sin dejar de leer un cuento en el puesto de Pirulo.

Una mañana de domingo, Paloma me pidió que la acompañara a Pirulo, para conseguir el único cromo que le faltaba para terminar su álbum de animales, el ratón. Cuando llegamos a la esquina con la calle Menéndez Pelayo me encontré con mi amigo Tomás y, al saludarle, Paloma se soltó de mi mano y echó a correr. Me sobresaltó la frenada del tranvía al arrollar a Paloma que cayó tendida al borde de la acera. Tomás y yo corrimos enseguida hasta ella y, al verla, Tomás gritó: "¡está muerta!". Le pusimos mi abrigo por encima. Al rato, Pirulo, que había oído los gritos de la gente, llegó corriendo hasta el grupo que estaba alrededor de Paloma.Se abrió paso, le quitó el abrigo y susurró: ¡tal vez viva! Pirulo cogió a Paloma en sus brazos y corrió hacia el cercano hospital del Niño Jesús.

Pirulo, en ningún momento se apartó de ella. Ya de madrugada, estando Paloma fuera de peligro, llegaron sus padres y Pirulo salió del hospital sin que nadie le viera. Volvió al Retiro a recoger el cartel que ponía en su puesto siempre que tenía que abandonarlo. El cartel decía: "me tengo que ir, tú te ves". Pirulo no ponía: "Dios te ve", porque Pirulo creía mucho más en los niños que en Dios.

Hoy, Paloma, conserva su álbum de animales y todos los domingos se acerca, acompañada de una nieta, al monumento que Pirulo tiene en el Retiro y dejan una rosa. El monumento dice:

"A Pirulo. Los niños de ayer de hoy y de siempre". FIN.